

DON MANUEL NIETO CUMPLIDO, *LAUDATIO*

Manuel Villegas Ruiz
Académico Correspondiente



Don Manuel Nieto Cumplido. Foto F. Sánchez Moreno.

Ante todo pido disculpas, por si a alguien no le parece bien o desagrada la forma de expresarme, pues soy un fiel seguidor de Gonzalo de Berceo en mi manera de comunicarme, y escribir tal y como me expreso oralmente, con la espontaneidad del *sermo vulgaris*, *quanvis cum accurata correctione* como es lógico. Como lo que pretendemos todos los escritores es que nos lean y entiendan, intentamos, por lo menos yo, expresarnos de forma que todos me comprendan y capten lo que digo, sin caer en la chabacanería ni en la vulgaridad.

Como digo, procuro seguir a Berceo, según se expresa en estos versos:

Quiero fer una prosa en román paladino,
en la cual suele el pueblo hablar a su vecino;
ca no so tan letrado por fer otro latino.
Bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino.

No pido, como premio, una copa de buen vino.

Conocí a D. Manuel en el Seminario de S. Pelagio de Córdoba. Él estaba en el Seminario Mayor y yo en el Menor, pero durante mi adolescencia, allá por el cuarto curso de Humanidades, mi voz mudó de timbre y me escogieron para que participase en una de las cuerdas del Coro. Él también pertenecía a este y ensayábamos juntos las misas y cánticos religiosos que después entonábamos en la capilla. Entonces regían este centro de jóvenes con vocación sacerdotal los padres Jesuitas que nos dieron una esmerada educación no solo intelectual sino espiritual y humana, a los que particularmente tanto agradezco. Fue donde trabé amistad con Manuel que, desde entonces, me mostró una especial predilección y yo diría que hasta cariño, a pesar de los cursos que nos separaban, pues, si mal no recuerdo, D. Manuel había comenzado el primer año de Teología, eran cuatro, y yo estaba en cuarto de Humanidades, lo que no fue óbice para que esa incipiente amistad se consolidase y perdurase a través de los años.

Fue ordenado de Sacerdote, y yo, por razones de salud, tuve que abandonar el Seminario. Empero nuestro contacto no desapareció, especialmente desde que vino a Córdoba, y allá por 1972 obtuvo por oposición la plaza de canónigo archivero de la Catedral de Córdoba. Por aquellos entonces un grupo de estudiantes —aún no habíamos terminado la Licenciatura en Filosofía y Letras— Francisco Ibarra García (+), Andrés Moros Guerrero (+), Rafael Martínez Alcántara y yo, dirigidos por el catedrático de historia Medieval D. Emilio Cabrera Muñoz, iniciamos investigaciones sobre el alzamiento de Fuenteovejuna contra el Comendador Mayor de Calatrava, D. Fernán Gómez de Guzmán. El hecho fue motivado porque la entidad financiera Caja de Ahorros y Monte de Piedad, hoy CajaSur, la presidía entonces el también canónigo, D. Miguel Castillejo Gorráiz, nacido en Fuenteovejuna. En el año 1976 se conmemoraban los quinientos años de la vuelta antedicha y esta entidad bancaria convocó un premio al que se podía concurrir aportando trabajos históricos, bien documentados, sobre este suceso. El premio que se podría obtener, si se ganaba, no era nada desdeñable, pues consistía en una cantidad en metálico de 200.000 pesetas y una reproducción en bronce del cervatillo encontrado en Medina Azahara. Como digo, D. Emilio, nuestro Catedrático de Historia Medieval, nos propuso a cuatro compañeros estudiantes del penúltimo curso de la Licenciatura que, junto con él, llevásemos a cabo las investigaciones requeridas para confeccionar un trabajo que fuese merecedor del premio. Nos sentimos halaga-

dos los cuatro. Aún no habíamos terminado y ya el Catedrático nos proponía una investigación ardua y laboriosa. Este trabajo de investigación nos la dividimos entre los cinco y a mí me correspondió bucear en el Archivo catedralicio.

Como es lógico, inmediatamente me puse en contacto con D. Manuel, mi amigo, quien se alegró de ello y me prometió toda la posible ayuda que estuviese en sus manos. Había una dificultad. Por aquellos entonces yo trabajaba en una empresa que me tenía ocupado durante la mañana. Desconozco si eran órdenes capitulares o determinación de D. Manuel, los investigadores solo podían acceder al Archivo durante la mañana. Fiel a su promesa, me permitió que fuese por la tarde que era cuando él, libre de consultas de estudiosos, se dedicaba a sus trabajos. Si mal no recuerdo era el tiempo en el que él preparaba su *Corpus medievale cordubense* que consta de varios volúmenes de los que, tras la publicación de los dos primeros me los regaló y conservo como recuerdo y consulta.

Hoy posiblemente los documentos de este archivo estén digitalizados, al igual que los del Municipal. En aquellos tiempos se guardaban en cajones identificados por letras de nuestro alfabeto. El que más documentos guardaba sobre el asunto de Fuenteovejuna era el cajón «O» que yo consultaba continuamente. No obstante, cuando D. Manuel encontraba algún que otro documento que pensaba que podría servirme, con toda la amabilidad y ausencia de celos, tan propios entre investigadores, me lo indicaba y yo tomaba las notas pertinentes. Aún conservo en mi archivo cientos de fichas sobre la investigación mencionada.

Ambos teníamos un amigo en común que decía que la amistad no consiste en verse todos los días y manifestarse el aprecio mutuo, sino en que en un momento determinado, cuando suene el teléfono, te digan: amigo, aquí me tienes ¿qué necesitas? Esa era nuestra amistad, pero cuántos cafés nos hemos tomado juntos en el Caballo Rojo, después que terminase sus obligaciones como canónigo, y en la cafetería de la esquina de su calle, cuyo nombre no recuerdo. Rememoro que, cuando estaba investigando para publicación del libro sobre la Catedral de Córdoba, me lo comentó y me prometió un ejemplar cuando viese la luz. Así fue. Cierta mañana oí en la radio que se había publicado el libro. Me faltó tiempo para llamarlo y recordarle su promesa. Su respuesta fue: «Aquí lo tienes esperándote». Marché a su casa a por él, y desde la calle Reyes Católicos en que vivía volví a la mía con el volumen, al llegar a ella, tuve la curiosidad de pesarlo, y resultó que alcanzaba los cinco kilos.

Así transcurría nuestra amistad. De cuando en cuando nos veíamos para tomar café y hablar sobre los trabajos que llevábamos a cabo. Otras veces,

simplemente nos llamábamos por teléfono para saber el uno del otro. Puede ser que peque de presunción vana si digo que me consideraba su hermano menor, por lo menos así era como yo me sentía. La última vez que nos vimos, se encontraba bien de salud; y fue con motivo de la publicación de mi libro *Crónica de la provincia franciscana de san Pedro de Alcántara*. (Historia de los conventos franciscanos descalzos de la Provincia de San Pedro de Alcántara, según un texto latino del siglo XVIII), cuya traducción realicé, labor y favor que me pidió que hiciese el también Académico Excmo. Sr. D. Manuel Peláez del Rosal, con el que también me une una larga y profunda amistad. Y a quien debo —junto a D. Manuel Gahete y D. Joaquín Mellado (q.e.p.d.)— haber ingresado *nemine discrepante* en esta docta institución.

Por resultar un tanto curiosa la anécdota, explico cómo llegué a efectuar este trabajo: D. Manuel Peláez, que allá por la década de los años noventa del siglo pasado organizaba en Priego de Córdoba, su ciudad natal, unos ciclos de conferencias sobre el Barroco en Andalucía, tuvo la amabilidad de invitarme, y con mucho gusto accedí a presentar una ponencia. Al finalizar las intervenciones de los conferenciantes nos propuso enseñarnos la Fuente del Rey. A la vuelta, me separó del grupo y me dijo que, ya que a mí que se me daba tan bien el latín, si le podría traducir unas cuartillas que tenía escritas en este idioma. Mi respuesta fue: «Envíamelas para que las vea».

Cierto día, estando en mi trabajo, me llamaron de la portería para decirme que una señorita me quería ver. Accedí a ello y me entregó 46 folios («unas cuartillas») con un texto escrito en latín del siglo XVIII que narraba la historia del convento de los Franciscanos descalzos de Priego de Córdoba. Un latín totalmente desconocido para mí, acostumbrado a los clásicos como Cicerón, Virgilio, César u otros. Decidí no acometer su versión, pero al llegar a mi casa, y verlas mi esposa me preguntó que qué era aquello, le respondí que un texto latino que narraba la historia del convento prieguenense, que me había mandado Manuel Peláez, cuya traducción no tenía intención de llevar a cabo, pues nunca había trabajado con latín de esa época. Aquí viene la firmeza de mi esposa que me dijo que nos íbamos unos días de vacaciones y que ya podía llevarme el escrito, así como el diccionario que poseía y que, en el tiempo de descanso, me dedicase a traducirlo.

Así fue. Realicé la traducción, y, en 1994, se publicó el libro con la historia de este monasterio, de tal manera que poco a poco me aventuré a continuar con la historia de los trece conventos, así como la de la segregación de la Provincia de San Pedro Alcántara de la de San Juan Bautista de Valencia. En total catorce historias que han sido publicadas, como he dicho. En aquellos entonces no teníamos ordenador, así que yo le pasaba la

traducción a mi esposa y ella la escribía a máquina. Labor que la ha hecho merecedora de figurar como colaboradora en la portada del libro¹.

Para llevar a cabo esta ardua labor tuve que hacerme de diccionarios de la época, bajados de Internet, así como el de Elio Antonio de Lebrija, escrito en latín y con las definiciones en esta lengua. Todavía los conservo, pues tuve el cuidado de imprimirlos.

La última vez que nos vimos, D. Manuel Nieto estaba bien de salud. Yo le había prometido un ejemplar de la historia de los conventos, cuando se publicase. Fui a entregársela. Él me correspondió donándome un ejemplar de su libro *Infancia y juventud del Gran Capitán*, posiblemente el último que confeccionó. Estuvimos largo rato charlando, hasta que me di cuenta de la hora que era y me marché pues tenía otras obligaciones. Desde entonces no volví a verlo. Decir que su fallecimiento fue para mí como un terrible mazazo, es poco. Este es el breve resumen de nuestra amistad. Para mí, Manolo ha sido un hombre bueno y cabal, amigo de sus amigos, como dice Jorge Manrique.



¹ Quiero dedicar un recuerdo muy especial al Padre Fray Enrique Chacón OFM, que en paz descansa, que era quien de forma curiosa me proporcionaba las fotocopias de cada cenobio. El original lo conservaban unas monjas clarisas, creo que de Granada, y él, con suma diligencia y sana astucia —el fin justificaba los medios— las convencía para que pudiese sacar las copias que me enviaba.

